

PRIMERA PARTE

# Anais

El nazismo fue uno de los pocos momentos en la historia de nuestra civilización en que una puerta se abrió con estrépito y dejó ver otra cosa.

LOUIS PAUWELS Y JACQUES BERGIER,  
*El retorno de los brujos*



2005

*París, 29 de agosto, 5.45 de la tarde*

—¿Sabes algo de la historia del nazismo, el Tercer Reich y demás? —me dice Clément, y pone su mano encima de la mía, que yo retiro bruscamente... demasiado, como siempre.

—¿Me haces venir aquí para hablarme de historia? —Lo fulmino con la mirada. Mis ojos de azul eléctrico en contraste con mi pelo negro. Él la llama mi mirada «de tiburón»; nunca ha podido sostenerla. Llega una pareja de norteamericanos y Clément se remueve y retira la silla para dejarles pasar; se los ve encantados de hallarse en el corazón del París «*olalá*», y profiriendo «*How nice!*» se nos sientan detrás.

¡Cómo se le habrá ocurrido a Clément quedar aquí, cuando sabe perfectamente que detesto el café de Flore! Por lo general Saint-Germain-des-Prés me inspira una aversión instintiva, como de pueblo; será que soy un poco provinciana.

—Vale, de acuerdo —concede Clément—, quería pedirte una cosa... —Se queda pensando y se corrige—: Mejor dicho, proponerte una cosa...

—Ya te veo venir, como siempre —digo yo socarrona.

Él pone una sonrisa lastimera y me doy cuenta de que he vuelto a pasarme. «¡Calma, Anaïs, calma!» Pero es algo que puede conmigo; el «orgullo de mujer sola», como dice Léa, mi mejor amiga. ¡Y solo tengo veinticinco años!

Porque, seré sincera, desde que nos conocimos hace siete años

en la facultad de periodismo, siempre he leído una gran sinceridad en los ojos de Clément, en esa mirada de viejo cocker spaniel que tiene. No como yo, con mi coraza de ironía y mi escudo de cinismo. Esta manera de tomarme la vida como si todo me atacara o fuera una farsa, de no ver nada auténtico, que no sea como un simulacro. Somos muy distintos: yo soy como un bulldozer, torpe y altiva; Clément sigue siendo un hijo de papá con ganas de emanciparse, que vive encadenado y soñando con ser libre. Somos dos desarraigados. Pero además nos conocemos demasiado, sabemos lo que vamos a decir en cuanto abrimos la boca.

—¡Un granizado de limón y un vaso de leche!

El camarero rompe nuestro incómodo silencio.

Le damos las gracias, como si nos acabara de salvar de morir ahogados. Actuaré con deportividad: ahora me toca a mí enderezar la conversación. Me reclino en la silla, tomo mi vaso de leche y digo con falsa jovialidad:

—Venga, te escucho.

Pero ahora es Clément quien se lo toma con calma. Como si quisiera desquitarse, aplica delicadamente los labios a la pajita y apura el granizado haciendo un gorgoteo horrible, que él sabe que me pone de los nervios. Rechino los dientes.

—Tengo un trabajito para ti —dice por fin a media voz.

—¿Un trabajito?

—Un trabajito de negro de editorial.

Mi reacción debe de ser elocuente, porque Clément se explica:

—Escribir un ensayo de historia con uno que en su vida ha escrito un libro. El mismísimo FLK me ha pedido que busque a alguien.

Yo pongo cara de estar impresionada y Clément no sabe si estoy riéndome de él.

—Es un buen trabajo y muy bien pagado —insiste.

—¿Y por qué yo?

Se acoda en la mesa y se inclina. Noto el olor dulzón de su aliento y el del suave perfume que siempre lleva, el mismo que su padre: *Habit Rouge* de Guerlain.

—El autor quiere a alguien joven, a ser posible chica...

Suelto una risilla.

—¿Una chica? ¿Te ríes de mí?

Pero Clément está serio. Se le dilatan las pupilas.

—Cien mil euros no son para tomárselos a risa.

¡Se me cae la cucharilla!

—¡Cien mil euros! ¿Me estás tomando el pelo?

—Ya te interesa más, ¿eh? —Clément ha recuperado su tono irónico.

Me interesa no, casi me asusta. ¿Por un trabajo de negro cien mil euros? ¡Si es el anticipo que se paga a un autor de éxito! Lo sé porque el año pasado hice un reportaje sobre el mercado de best sellers en Francia para el suplemento de *L'Express* y conozco las cifras. FLK tiene fama de ser un editor de los más generosos, pero ¡tanta generosidad es como para desconfiar!

—¿Y quién es el autor con el que debo... o debería trabajar?

—Yo lo he visto un par de veces, pero no puedo decirte nada; me lo ha prohibido el jefe, quiere explicártelo él mismo...

—¿Ya le has hablado de mí?

—Te espera mañana en las oficinas de Ediciones FLK, calle Visconti, número once, a las diez de la mañana.

—¿Le gusta la caza de tesoros, señorita Chouday?

¿Qué se puede contestar a eso? Desde hace un buen rato François-Laurent Kramer, presidente de las muy exitosas Ediciones FLK, está mareando la perdiz... ¡no hace faltar decir que la perdiz soy yo!

—Un escritor es un poco como un explorador, ¿no cree?

—prosigue, mientras hace girar su butaca de cuero rojo.

Todo el despacho es también rojo: el papel de las paredes, los muebles, las estanterías, los cuadros, la moqueta. Incluso las prendas que él viste: rosa, fucsia, bermellón, ciruela; da no sé qué verlo de buena mañana. Me recuerda la tostada de mermelada de grosella que he engullido a toda prisa antes de tomar el metro.

Me llevo la taza de té a los labios, perpleja. Sobre la mesa arde una vela perfumada de lo más fina. Aunque tiene sesenta años y el cabello le empieza a ralearse, a FLK se lo ve muy a menudo en las páginas de las revistas del corazón. Su reciente divorcio, su *coming out* y su borrascosa relación con un diseñador holandés han hecho las delicias de la prensa (sobre todo su boda ilegal en una isla privada de las Maldivas). ¡Auténtico maná para los periodistas!

Pero este payaso dirige con puño de hierro una de las mayores editoriales independientes de Francia y se niega a incorporarse a ningún gran grupo, pese a las muchas ofertas que ha recibido.

—Porque lo que le estoy proponiendo es buscar un tesoro... —añade, mientras se levanta y se acerca a la pared acristalada.

—Me temo que ya soy mayorcita para esos juegos —replico antes de morderme la lengua.

No sé adónde quiere ir a parar, y él se aprovecha.

El viejo zorro no me contesta.

Da unas pataditas en el cristal y se queda contemplando el gran jardín, que parece emparedado entre edificios, unos pisos más abajo. Algunos árboles presentan ya colores de otoño, y un jardinero corta el césped zigzagueando entre los bojales.

FLK se vuelve como un fantasma.

—Esto no es ningún juego, Anaïs.

Yo me estremezco sin poder evitarlo. El tipo se ha mostrado tajante, casi agresivo; se diría que guarda un arsenal de navajas bajo su linda chaqueta granate.

Sigo quieta en mi asiento, trago saliva y me pregunto qué estoy haciendo aquí.

Ahora FLK se pasea por el despacho y con el dorso de la mano acaricia amorosamente los libros de las estanterías. Yo, callada y cada vez más incómoda, observo los numerosos best sellers que ha publicado Ediciones FLK: las novelas femeninas de Évelyne Schänkl, los *thrillers* de los gemelos Leclerc, las novelas románticas históricas de Marjolaine Papillon, las policíacas de Cédric Meillier... Este tipo de libros encantan a mi padre, o le encantaban, porque no sé si seguirá leyendo.

—Es un trabajo muy importante —prosigue el editor, sentán-

dose de nuevo—, y muy, muy bien pagado, como seguramente le habrá dicho Clément...

Pienso en los cien mil euros y debo de haberme ruborizado, porque el editor recupera el buen humor y esboza una sonrisa.

—Usted es joven, Anaïs; tiene talento, sabe escribir. Su amigo Clément me ha cantado sus excelencias. ¡Es un trabajo a su medida!

¡Un tipo persuasivo! Otro que tendría que dedicarse a la política: da una de cal y otra de arena con una facilidad pasmosa. Pero yo procuro no perder la calma y replico:

—Aún no me ha dicho de qué se trata...

Abre un cajón de la mesa, saca una revista, me la pone delante, carraspea y dice en voz queda, como si me revelara un secreto de Estado:

—*Der Spiegel*, un gran semanario alemán.

Bajo la guardia y cojo la revista con precaución. La imagen de la portada me produce escalofríos: cuatro muertos en un depósito de cadáveres y, tras ellos, la sombra de un hombre con el brazo levantado. Hitler, sin duda. Sobre esta imagen hay un gran signo de interrogación cuyo punto es una cruz gamada. El ejemplar es del 23 de junio de 1995.

Todo esto me causa una impresión desagradable. Nunca me ha atraído, y menos aún fascinado, la época de los nazis. Para mí es como un período límite, un trasunto del infierno. Como todos los alumnos de instituto, vi *Noche y niebla*, la película de Alain Resnais, en clase de historia, y preferí desechar para siempre esas imágenes de horror extremo. El nazismo me parece un dragón vencido ya hace mucho, pero también confieso que esta portada me inquieta. ¿Por los colores chillones? ¿Por los cadáveres? ¿Por esa cruz gamada trabajada y casi elegante?

FLK mira a un lado y a otro como si no se fiara; se inclina y en voz baja me dice:

—En mayo de 1995, el mismo día, en cuatro puntos distintos del país, la policía alemana encontró cuatro cadáveres.

—¿Asesinados?

—No —contesta FLK rotundo—: se suicidaron...

¡Oyéndolo hasta un muerto palidecería!

—De momento no veo nada raro —comento yo, disimulando mi turbación.

FLK frunce los labios.

—¿Y si le digo que los cuatro se mataron exactamente a la misma hora y del mismo modo?

—¿Cómo?

Entorna los ojos, que vistos así parecen dos bolitas negras y brillantes.

—Los cuatro estaban desnudos, envueltos en una manta del ejército, y tenían en la boca trozos de cristal... de una cápsula de cianuro...

Se interrumpe, sin duda para ver cómo reacciono, pero procuro no inmutarme. ¿A qué viene tanto teatro?

—Por mucho que se investigó —prosigue—, no se descubrió nexo alguno entre los cuatro suicidios, pero no pudieron ser una coincidencia...

—¿Por qué no? —pregunto; empieza a intrigarme.

El editor sonrío, encantado al ver que pico.

—Porque los cadáveres fueron hallados en cuatro lugares bastante... especiales.

Abre la revista y me enseña unas fotos.

—Munich, Berchtesgaden, Nuremberg, Spandau...

Yo frunzo el ceño: ¡lo mismo que si me hablara en chino!

—¿Y?

—Munich, la cuna del nazismo; Berchtesgaden, la localidad donde Hitler fijó su residencia de montaña, el llamado Nido del Águila; Nuremberg, símbolo del régimen, donde fueron juzgados y ahorcados sus principales líderes; Spandau, el barrio berlinés en el que se hallaba la prisión donde vivieron recluidos los condenados de Nuremberg hasta la muerte del último, Rudolf Hess, en 1987...

Alzo los ojos al cielo: no, esto no es para mí.

—Mire, no soy historiadora, no sé nada de la Segunda Guerra Mundial. Seguro que hay gente mucho más preparada...

—¡Déjeme terminar! —me ataja el editor, y como para recor-

darme quién es el jefe fija en mí una mirada llena de autoridad... que no logro sostenerle—. Hay otra cosa... Esos cuatro hombres tenían unos setenta años. La policía averiguó que vivían bajo identidades falsas, y que debieron de nacer en tiempos de la organización más secreta del Tercer Reich, el Lebensborn...

—¿El qué?

—El Lebensborn, literalmente «fuente de vida»... ¿Ha oído hablar de...? —FLK tamborilea con el dedo índice en la mesa de acero, como buscando la palabra exacta.

—¿De...?

—¿De los... picaderos nazis?

—¿Se refiere a la cría de caballos?

—No, Anaís, me refiero a la cría de humanos...

Trago saliva. El editor se interrumpe de nuevo y me observa como un actor a su público.

—En las maternidades del Lebensborn —prosigue, sin apartar de mí los ojos— apareaban a jóvenes arios para crear lo que llamaban la raza de los señores.

Yo me reclino en la silla. Pues claro que he oído hablar de ese mito de las granjas arias.

—Yo creía que era una leyenda...

—Una leyenda... —se sonríe FLK mientras se rasca la barbilla perfectamente afeitada.

—Y esos cuatro suicidas, ¿se supone que nacieron ahí?

—No se sabe, pero hay un detalle que llamó la atención de algunos historiadores.

—¿Qué detalle?

—Los cuatro tenían un tatuaje. —Y pasa las páginas de la revista hasta dar con una foto de los cadáveres.

Es un primer plano. Grabados en la piel amoratada, a la altura del riñón derecho, se aprecian unos números: «SS-459-224».

—¿Y bien?

—Al parecer no es un simple tatuaje, sino un pedigrí... —contesta el editor—. Cuando los historiadores se dieron cuenta y quisieron hablar de ello, las autoridades alemanas suspendieron la investigación y dieron carpetazo al asunto.

—Los alemanes tienen serios problemas con esa época, y además...

—¡No hablo de ningún complejo histórico, sino de una ley del silencio! —replica él, acalorándose de pronto—. Después de suspenderse la investigación, tres programas de televisión fueron prohibidos una hora antes de emitirse y varios periodistas recibieron amenazas de muerte. ¡Ni que hubieran vuelto los fantasmas del Tercer Reich! Incluso los ejemplares del *Spiegel* ardieron misteriosamente en el almacén. —Y agita con vehemencia la revista alemana—. Me llevó semanas conseguir este, y le aseguro que no me faltan contactos en la prensa europea. ¡No, Anaïs, aquí hay un secreto mucho más grave! Mucho más peligroso...

Me coge de la muñeca, mesa por medio, y me mira fijamente a los ojos.

—Un secreto que mata...

Se me encoge el estómago. FLK tiene de repente una expresión codiciosa.

—Y ese secreto —prosigue— podría estar relacionado con el inmenso botín que los nazis amasaron en la guerra y que nunca ha sido hallado.

Se calla otra vez. Tanta pausa me sienta como una ducha de agua fría, y empieza a cansarme; ya no sé si habla en serio o me está enredando.

—Ese tesoro hace años que fascina a nuestros lectores —prosigue, y señala las estanterías—. ¿Ha leído las novelas de Marjolaine Papillon? Son unos de los libros que mejor se venden. Todas hablan de los misterios del Tercer Reich; al público le encanta el tema...

Yo procuro no perder la paciencia. ¡Vayamos al grano!

—¿Qué quiere de mí exactamente? ¿Que escriba una novela? FLK chasquea la lengua.

—Que escriba un libro de investigación. Retome el caso, como si fuera un detective. Siga las pistas, viaje a Alemania, más lejos si es preciso. Está claro que este caso encierra un secreto. En Europa aún tenemos que aclarar algunas cosas...

Me pasma su desvergüenza.

—¡Quiere usted que desentierre esos cadáveres y me habla de ley del silencio, de amenazas de muerte, de fantasmas nazis, de un secreto que mata!

FLK recupera su aire astuto.

—Es pura retórica, Anaïs... —contesta—. Hablo metafóricamente. Ya no estamos en el Tercer Reich.

Dicho esto, descuelga el teléfono, marca un número y enciende el altavoz; el tono de llamada resuena en todo el despacho.

—He conectado el teléfono al estéreo —explica con voz zumbona, y señala unos bafles marca Bose que hay en los rincones, disimulados bajo una capa de pintura roja.

El tono del teléfono sigue sonando.

El volumen está altísimo y frunzo el ceño; me recuerda esas discotecas horribles a las que Léa me lleva todos los años la noche de su cumpleaños.

Descuelgan.

Una voz de hombre, queda:

—¿Diga?

—¿Vidkun?

—¿Quién es?

—FLK.

El editor va y viene por el despacho, concentrado.

—Bueno, ¿qué? —dice la voz, una voz de tenor, algo más alto.

FLK se vuelve hacia mí y me fulmina con la mirada.

—Está aquí la señorita, creo que le interesa.

Yo lo niego en vano cabeceando vigorosamente; el editor me hace señas de quedarme sentada y se lleva el dedo a los labios. Tan aturdida estoy... ¡que obedezco!

—Muy bien —dice la voz—. Pásemela...

—Hable, lo escucha...

—¿Anaïs?

Me quedo de piedra.

Me impresiona la voz de ese hombre; ese acento indefinible, que me recuerda al de ciertos actores de los años treinta; ese timbre atiplado, argentino, amanerado, pero que suena de lo más natural.

—Anais, ¿me oyes?

—Sí...

—Trabajaremos juntos entonces, ¿no?

El editor gesticula instándome a que conteste.

—Pues... yo...

—Habla más alto, que no te oigo.

El editor se pone rojo.

Entonces, casi sin querer, pero en voz bien alta para que me oigan, contesto:

—¡Sí!

«¿Qué he hecho, Dios mío?», me digo, viendo cómo FLK cruza, satisfechísimo, los brazos en el pecho. ¡He caído en la trampa! ¡Todo va demasiado deprisa!

—François-Laurent te habrá hablado del anticipo, que es muy generoso...

El editor asiente con la cabeza.

—Ciento cincuenta mil euros no son moco de pavo, ¿no?

FLK y yo damos un salto al mismo tiempo.

—¿¡Cómo!?

Atrapo la situación al vuelo. ¡Cincuenta mil euros más de lo previsto! ¿Querrá nuestro interlocutor regatear al alza? Habrá que jugársela, y como en una partida de póquer replico:

—Exacto, ciento cincuenta mil euros; el señor FLK es muy generoso.

El editor se sienta temblando en su butaca y yo le lancé una mirada triunfal.

—Bien —dice el otro con su voz dulce y aflautada, en la que creo percibir cierto tono irónico—. Ahora que nos hemos puesto de acuerdo, ya pueden ir firmando el contrato.

Mil cálculos acuden a mi mente, vertiginosos: «Ciento cincuenta mil euros, ¡ahí es nada! Se acabaron las rebajas; piso nuevo, vida nueva, un trabajo como Dios manda, hasta un novio formal...».

Le echo al editor una mirada picarona y pregunto, con una audacia que me sorprende:

—¿Cuándo empezamos?

FLK ha recobrado el aplomo; me observa con cierta compli-

idad e inclina la cabeza en señal de aprobación. Teclea algo en el ordenador e imprime el contrato.

—¿Qué te parece mañana por la mañana en mi casa? —propone el desconocido.

Me sobresalto. La inmediatez me aterroriza. Sí, todo va demasiado rápido.

«No sé, no sé...», me digo. ¿No sería mejor llamar antes a Léa y pedirle consejo, o subir un momento al despacho de Clément?... Pero el editor me pone el contrato delante y señala la astronómica cifra: «Ciento cincuenta mil euros».

Tomada ya la decisión, aunque sea precipitada —¡no echarse nunca atrás es mi lema en la vida!—, balbuceo:

—Mañana por la mañana, vale... muy bien.

—François-Laurent te dará la dirección. Te espero a las diez para el *Frühstück*. —Y cuelga.

Silencio. FLK me mira atentamente.

—*Frühstück* significa «desayuno» en alemán —dice al cabo, y me pasa su Montblanc.

Sin terminar de creerlo firmo el contrato, y constato que en él aparece otro nombre: «Vidkun Venner».

—Recibirá el primer ingreso esta misma semana —añade FLK en tono seco.

—¿Y quién es este hombre?

FLK garabatea una dirección en un post-it, lo pega en mi copia del contrato y me lo pasa.

—Todo suyo, Anaïs.

Me muerdo el interior del carrillo y leo:

—«Vidkun Venner, callejón del Castel Vert, 16, distrito dieciocho, París.»

Salgo de la editorial y echo a caminar hacia la plaza de Saint-Germain-des-Prés con paso incierto. Mi ser clama por un taxi como quien pide aire.

Tendría que botar de alegría, y dar gracias a la humanidad, y

saludar a los transeúntes, los vagabundos, los policías... Pero no, me siento mal, me siento culpable...

«Pero si es maravilloso», me digo, subiendo a un Audi gris metalizado.

—Calle Paul-Bourget, en Porte d'Italie...

El taxi es muy cómodo y por la radio suena un viejo tema de Michel Fugain, pero un nudo de angustia se hace cada vez más fuerte en mi interior.

«Oh, no, mierda... ¡Ahora no!»

¡No es justo! Me giro en el asiento y aprieto el contrato como si fuera un talismán. Los edificios desfilan por la luna trasera.

Toda emoción intensa, buena o mala, me produce el mismo efecto, aunque de nada me sirve saberlo: una sensación de ilegitimidad, de impostura, que me da ganas de meterme bajo tierra y desaparecer para siempre; no puedo evitarlo.

El taxi se detiene.

«¿Ya?»

—Ya hemos llegado —anuncia el taxista—. Son once euros.

Le doy un billete de veinte y digo sin pensarlo:

—Quédese con el cambio...

El taxista silba, admirado de mi generosidad, y sin darme las gracias arranca a toda prisa... no vaya a ser que me arrepienta.

Veo alejarse el coche y pienso: «Como dice Clément, a la vejez, viruelas...».

Pero la broma no me alivia; al contrario, cada vez me siento peor.

Ha empezado a llover; es una lluvia fina, tibia, cargada de polución, una de esas lloviznas de fin de verano que recuerdan a los parisinos la amarga vuelta a la normalidad; pronto habrá que sacar los jerséis, cundirán los catarros, las medicinas...

Camino con la cabeza gacha, el ceño fruncido... No quiero cruzar la mirada con nadie.

Y trato de abstraerme marcando el paso.

«Un... dos... un... dos...»

Hacía meses que no tenía una crisis de angustia de este calibre. ¡Todo se embarulla en mi cabeza! Pienso en lo que Léa lle-

va años aconsejándome: que vaya a ver a un psicólogo. «Eso te solucionaría unos cuantos problemas, guapa.»

Pero yo siempre me cierro en banda. Mis demonios son míos, son mi secreto, mi espacio de libertad, de intimidad, por doloroso que resulte. Quitármelos sería como violarme. Sin embargo Léa nunca ha querido admitir estas objeciones. «Una siempre encuentra excusas, guapa.»

Llego al bloque en el que vivo. Ahora tengo los nervios en el estómago.

Marco el código de entrada y pienso en Clément. Lo malo es que nunca he sabido decirle que no. Cuando le veo esos ojos de perro apaleado que pone, esa cara de «pobre niño rico», no puedo resistirme. ¿En qué me habrá metido ahora? ¿Un secreto que mata? ¿Nazis en 2005? Aunque él jamás me habría recomendado a este linco de editor por el simple placer de verme devorada.

«Además, ¡son ciento cincuenta mil euros!»

El vestíbulo, el ascensor...

«¡Sigue averiado!»

Curiosamente, la idea de subir a pie doce pisos no me asusta. Así al menos me sofoco con razón. ¿No me da también Léa la vara con el deporte?

«Vente a remar, verás cómo se te aclara la mente.»

Y eso que sabe que detesto toda forma de vida social: oficina, deportes de equipo, muchedumbres...

«Uf, piso doce.»

Ya casi estoy en casa: mi apartamento, el 304, está al final del pasillo.

Abro la puerta que rechina, percibo el olor familiar de mi estudio de dos habitaciones y ya me siento mejor; al menos puedo respirar.

Un bulto se desliza entre mis tobillos y maúlla.

—¡Hola!

Acaricio al único ser que no me reprocha nada, Graguette, una gata callejera negra que se ha venido a vivir conmigo. No sé por qué dicen que los gatos son animales que nunca saludan.

Dejo la cartera junto al teléfono. Vaya, parpadea el contestador...

Pues que parpadee; abro el frigorífico, tomo un cartón de leche, le echo a la gata un poco en el cuenco y el resto me lo bebo a morro. El líquido se desliza por mi garganta como la más sana de las medicinas. Reconforta, relaja, tonifica, y siento que leche, calma y bienestar son todo uno. Podría tomarme litros en lugar de los calmantes. Y no porque su sabor me guste —¡la sola idea de que ese líquido ha fermentado en la ubre de un bicho me pone enferma!—, sino porque me calma los nervios.

Jadeando, me limpio con la manga del jersey negro y dejo en ella un refregón blanco. ¡Qué poco sexy!

«¿Y qué? Ahora ya puedo comprarme una lavadora...»

Tiro el cartón vacío, me quito los zapatos; en la pared de enfrente veo el tablón de corcho que me sirve de agenda, lleno de papelitos de todos los colores, en los que tengo trazado el plan de las próximas semanas, de los artículos por escribir.

A otros les daría mareo, a mí me es indispensable.

Cuatro columnas, cuatro colores: «para entregar / entregado», «para pagar / pagado»... Y también mis actuales ocupaciones, que no son pocas: críticas de libros, de cine, de música, trabajos de investigación, entrevistas, semblanzas... Después de cuatro años, tras la facultad de periodismo y de currar en varios sitios, voy tirando gracias a mis colaboraciones (en *L'Express*, *Elle*, *Technikart*, *Marie-Claire*, incluso en *Paris-Match*...), que a veces firmo con seudónimos (la otra Anaïs Chouday: Clémence Anis, Anne Clémine, Annie Clémens, y hasta Clélie Anus, para una publicación erótica).

Pero ahora este trabajo puede cambiarlo todo.

Musitando como un mantra «ciento cincuenta mil euros...», me dejo caer en mi viejo futón Ikea, que fue lo primero que compré al llegar a París hace siete años, y que pagué trabajando de camarera en un café de la Butte-aux-Cailles.

No puedo evitar pensar: «¡Ahora podré comprarme una cama *king size* en el Lit National!», y me alegro como si ya la tuviera...

«¡Te estás aburguesando, guapa!», se burlaría Léa.

¿Y qué? Por fin podré cuidarme más, no vestir siempre de baratillo, ir a la moda; no tener que esconderme tras mis gafas de sol, mis jerséis anchos, mis vaqueros viejos.

Entre mis colegas, las pocas veces que me paso por las redacciones —prefiero trabajar por e-mail—, tengo fama de tía asexual. Un día, en la redacción del suplemento de libros de *L'Express*, oí que murmuraban a mi espalda: «No está mal Anaïs, pero parece una monja de paisano».

¡Y pensar que en el instituto me llamaban «tía buena»! ¡Y que mis compañeras me envidiaban los pechos, y en clase de gimnasia los tíos me comían con los ojos! Cualquiera otra habría sacado partido; en cambio yo empecé a sentir una vergüenza extraña, una especie de rechazo hacia mi cuerpo.

—Veinticinco años, sin trabajo ni familia ni novio como Dios manda... ¡Qué desastre! —digo en voz alta, jugueteando con el rabo de Graguette, que se me ha acurrucado en las rodillas.

Ya empiezo otra vez a agobiarme. Respiro hondo y pienso en la cita de mañana.

«Tendré que mostrarme firme y persuasiva con el tal... Vidkun Venner. ¡Qué nombre más raro!»

Enciendo mi Mac y me conecto a Google.

—A ver... Vidkun Venner...

El ordenador procesa durante medio segundo y... nada: ningún resultado, ni textos ni fotos.

Un perfecto desconocido.

«Un fantasma», me digo con extraña aprensión.

¡Pero un fantasma lucrativo! ¡Un espectro rentabilísimo! ¡Un ectoplasma de ciento cincuenta mil euros! A ese precio bien puedo echarle valor...

¿Quién será este tipo que puede aumentar un anticipo ya elevado sin que FLK rechiste?

Pienso en Clément; también lo he conseguido gracias a él. Le debo una... ¡Ya se encargará de recordármelo!

Muchas veces me saca de quicio, pero es mi apoyo. Él quisiera ser algo más, lo sé, y yo tengo la culpa, porque las pocas veces que nos hemos acostado —en noches de curda o cuando me quedo

ayudándolo a corregir un manuscrito—, ha sido siempre por mi culpa: me dejo llevar.

«Clément, solo somos amigos, nada más.»

¡La de mañanas que me lo habrá oído decir!

Él no contesta, se limita a encogerse de hombros, entre resignado e irónico. De algún modo esta ambigüedad le gusta. Me sabe demasiado difícil, demasiado arisca para dejarme seducir por otros, y araña esos momentos de intimidad como quien aprovecha las últimas luces del crepúsculo. Se podría decir que salimos juntos, a nuestro modo; sin compromiso, por pereza.

El pitido del contestador me saca de mis cavilaciones.

Cada hora avisa del número de mensajes, con una horrible voz mecánica: «Tiene-un-mensaje-nuevo».

De nuevo me invade la angustia, más insidiosa, y noto que me sudan las manos.

Escucho el mensaje.

—«Nanis, soy tu padre. Quería saludarte, como todas las semanas. Que sepas que puedes llamarme cuando quieras, que puedes contar conmigo, que...»

—¡Oh, no! —Y me apresuro a borrarlo.

—«Mensaje-borrado.»

Pero vuelve de golpe el sentimiento de culpa; mi padre es el que mejor lo provoca. ¡Piensa en otra cosa, pronto! Por ejemplo, no estaría de más informarme antes de hablar con ese misterioso señor «Venner».

Dicho y hecho: me pongo la chaqueta, cojo las llaves y abro la puerta.

Y mientras bajo los doce pisos voy repitiéndome: «Lebensborn, Lebensborn, Lebensborn...».

—¿Leben... qué?

—Le-bens-born.

El dependiente de chaleco azul teclea en el ordenador con expresión fatalista.